

Ana Luz Belloso de Hernández

Un mango sabroso





Autora

Ana Luz Beloso de Hernández

Diseño y diagramación

Claudia Perla

123esfacil@gmail.com

www.123esfacil.com

Ana Luz Bellosa de Hernández

Un mango sobroso



Un mango sabroso

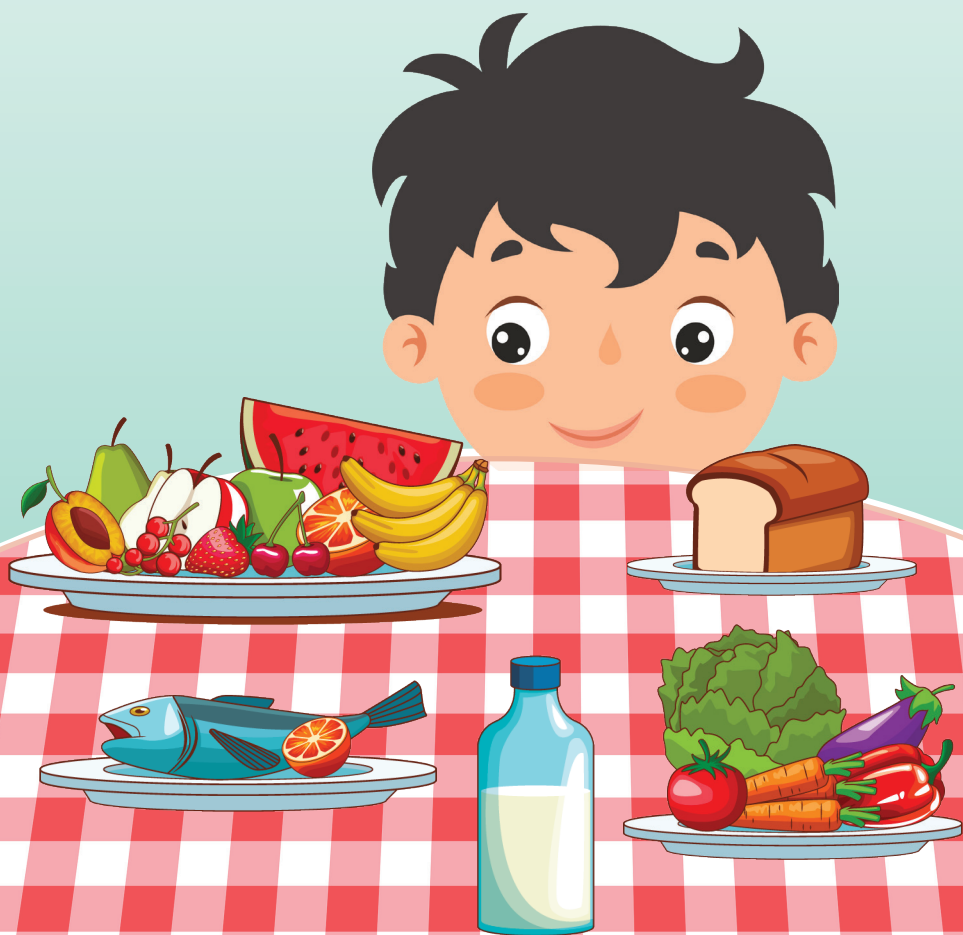
Aquella mañana, Jacobo se levantó tarde pues estaba de vacaciones.

—¡Esto es súper! —pensó Jacobo.
—Puedo dormir mucho y jugar mucho...

Y claro, comer mucho. Era lo que mejor hacía.



Jacobo comía de todo. No le hacía mala cara a nada. Lo único que molestaba a su mamá era que, en su entusiasmo por comer, Jacobo casi no masticaba y olvidaba lavar sus manos.



Y eso pasó ese día. Jacobo encontró un hermoso mango que, seguramente, cayó del árbol durante la noche en el patio de su casa.

—Mmmm, ¡qué rico! —exclamó el niño al momento que le daba su primera mordida.





Su mamá lo vio y le gritó:

—¡Jacobo! ¡No te comas eso sin lavar, niño, que te hará daño.

Pero ya era muy tarde. Jacobo, del susto, se tragó el mango entero.

—Oh oh —dijo Jacobo, y siguió su camino.

A la semana siguiente de haber tragado aquel enorme mango con todo y semilla, algo empezó a pasar en el interior del niño.

Poco a poco y sin prisa, la semilla germinó y en pocos días asomaban unas tiernas ramitas por los oídos de Jacobo.





El niño se asustó y su primera reacción fue esconder los retoños y no decirle a nadie.

Con una bonita cachucha que comenzó a usar las 24 horas y acomodándose el pelo sobre las orejas, fueron pasando los días, hasta que no pudo más.

El dolor era insoportable y corrió
donde su mamá gritando:

—¡Mamá! ¡Ayuda! ¡Ayuda!

—exclamaba.

—¿Qué te pasa hijo? ¿Qué tienes?

—dijo su madre.



Cuando la mamá retiró la gorra, se dio cuenta de que el niño tenía unas ramas de mango que le salían de los oídos.

Ambos se acordaron del día que Jacobo se tragó el mango y la mamá resolvió llevarlo a la clínica, pues esto era tan raro que no sabía qué hacer.



Al verlo, el doctor, dijo:

—Son ramas, ramas de mango,
¿te tragaste un palito de mango?

—No —dijo el niño—, solo un
mango con semilla y todo.

—Sí —dijo el doctor—, y tal parece
que germinó, debes de tener una
panza muy fértil.





El doctor pidió a la enfermera una maceta que estaba vacía en el estacionamiento y usando tierra negra, tomó al niño, lo sembró con mucho cuidado y dijo:

—Bueno, esperaremos la cosecha de mangos. Señorita enfermera, coloque al paciente en la entrada y riéguelo una vez al día.

—Sí, doctor —contestó la señorita.

Y así sucedió.

Jacobo quedó ingresado en una maceta frente al consultorio, y cada día todos los niños que acudían a consulta le preguntaban qué era eso que le asomaba en los oídos y... ¿por qué le salían esas ramitas? y ¿cómo fue? ¿cuándo? y, y, y... Tantas preguntas que Jacobo se cansaba de contar su historia tan extraña.

Jacobo también sentía curiosidad por los casos de los niños que visitaban la clínica y hacía las mismas preguntas a éstos.

Los niños le contaron historias que, de no escucharlas de ellos mismos, Jacobo pensaría que eran historias de miedo y sí que daban miedo, especialmente porque eran verdad.





Brazos quebrados al no usar la pasarela y, por eso, una moto lo atropelló; un ojo que casi pierde por ir corriendo con un palo en las manos y, al caerse por accidente, el palo llegó a su ojo. ¡Que dolor! unos dientes quebrados por correr en las gradas, tropezó y... los dientes en el suelo.



Historias de terror —pensaba Jacobo. —Y todos por descuidos, accidentes, y claro, yo por glotón.

Pero en la segunda semana florecieron las ramas y en poco tiempo dio unos aromáticos y muy brillantes mangos.

El doctor le ordenó a la enfermera que trajera unas tijeras de podar para cortar los mangos que ya estaban a punto.



Doce mangos —dijo el doctor
—Doce sabrosos mangos, una
buena cosecha.

Luego de cortar hasta el último
mango, el doctor cortó todas las
ramas y sacó los tronquitos que
aún quedaban dentro de Jacobo.



—¡Listo! —dijo el doctor— Puedes irte a casa, Jacobo. Y no vuelvas a tragar semillas ni a introducir objetos extraños en ninguna parte de tu cuerpo. ¿Comprendes?

—Sí —dijo Jacobo—, y lo abrazó con gratitud y alegría.

Prometió comer con medida, masticar bien y lavar la fruta antes de comerla.





ES fácil

123esfacil@gmail.com

www.123esfacil.com